

A

Aproximación funcional a la radicalización violenta. Propuesta de un modelo sistémico basado en un caso real ^a

MIGUEL PECO

Universidad Complutense de Madrid, España


^a Original English version: Peco, Miguel (2016), "A Functional Approach to Violent Radicalization. Building a Systemic Model Based on a Real Case", *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, Vol. 2, No. 1, (2016), pp. 63-76. DOI: <http://dx.doi.org/10.18847/1.3.4>

RESUMEN: Una paradoja en el estudio de la radicalización violenta es que, si bien cada uno de los hallazgos empíricos puede explicarse desde múltiples teorías, son escasas las teorías capaces de explicar varios de estos hallazgos simultáneamente. En este trabajo se aplica el análisis funcional de la conducta a la conducta radical violenta, buscando los factores que pudieran estar detrás de su adquisición y mantenimiento. En concreto, se propone un modelo de radicalización que puede explicar un amplio abanico de fenómenos observados, acomodar aparentes excepciones y obtener consecuencias contrastables. También permite desafiar algunas ideas firmemente arraigadas, como la supuesta existencia de prácticas de influencia agresiva, o lavados de cerebro. Finalmente, el modelo permite obtener predicciones de gran valor para la investigación posterior, como las relacionadas con la reversibilidad del proceso de radicalización.

PALABRAS CLAVE: Radicalización, des-radicalización, terrorismo, análisis funcional de la conducta, enfoque cognitivo-conductual.

ABSTRACT: A paradox in the study of violent radicalization is that while each of the empirical findings can be explained with multiple theories, very few theories can explain a relevant number of these findings simultaneously. This paper conducts a functional behavior assessment of violent radical behavior, investigating the factors responsible for its initial learning and subsequent maintenance. Specifically, a model of radicalization is proposed that can explain a wide range of observed phenomena, accommodate apparent exceptions, and obtain testable consequences. It also challenges some firmly rooted ideas, as the alleged existence of aggressive influence practices, or brainwashing. Finally, the model can also provide valuable predictions for subsequent research, such as those related to the reversibility of the process of radicalization.

KEYWORDS: Radicalization, de-radicalization, terrorism, functional behavior assessment, cognitive-behavioral approach.

Nota de autor: Miguel Peco es licenciado en Psicología y doctor en Seguridad Internacional. En la actualidad ejerce como profesor asociado de Geopolítica y Estrategia en la Universidad Complutense de Madrid. Correo electrónico: mpeco@ucm.es  orcid.org/0000-0001-7638-7334

INTRODUCCIÓN

En el estudio del fenómeno de la radicalización violenta parece haberse alcanzado un amplio consenso en aspectos tales como la progresividad del proceso, la escasa proporción de individuos radicales que acaban convirtiéndose en terroristas, o la importancia de los vínculos de amistad y camaradería, entre otros. Incluso se han señalado las similitudes entre procesos de radicalización surgidos en diferentes contextos, con independencia de sus respectivas ideologías o tendencias (*European Commission's Expert Group on Violent Radicalisation*, 2008). Buena parte de la investigación llevada a cabo al respecto se ha basado en las ciencias sociales, tratando de esclarecer los factores que podrían estar relacionados con el fenómeno. De esta manera se han desarrollado numerosas teorías e incluso se han propuesto modelos conceptuales más o menos elaborados (Borum, 2011).

La paradoja es que, si bien cada uno de los hallazgos empíricos relacionados con el proceso de radicalización puede explicarse desde múltiples teorías, son escasas las teorías capaces de explicar varios de estos hallazgos simultáneamente. Efectivamente; existen pocas propuestas de modelos de radicalización que sean capaces de explicar un amplio abanico de fenómenos observados y, a la vez, obtener consecuencias contrastables.

El presente trabajo es la continuación de *A Cognitive-Behavioral Approach to Violent Radicalization, Based on a Real Case* (Peco, 2014). Allí se llevaba a cabo el análisis de un contexto de radicalización real basado en el conocido binomio formado por una organización terrorista y su brazo político. Como allí se dijo, este contexto se caracterizó en su momento por la ausencia de factores que habitualmente correlacionan con el ejercicio de la violencia a la hora de alcanzar fines políticos. Pero también, paradójicamente, por su relativo éxito a la hora de radicalizar simpatizantes y generar violencia. Todo ello proporcionaba un caso especialmente adecuado para identificar los aspectos que podrían estar involucrados en el proceso de radicalización de determinados individuos.

Basándose en la evidencia empírica recogida en el anterior trabajo, aquí se profundizará en la identificando las variables y procesos relevantes, planteándose un modelo de radicalización comprensivo y coherente. El primer paso en la construcción del modelo será la definición de los elementos estructurales involucrados en el proceso de radicalización. A continuación, se pasará a proponer cuáles son los efectos resultantes de la interacción entre estos elementos. Finalmente, se definirá el proceso principal, con su variable dependiente, y se describirán las variaciones de ésta como resultado de la interacción del individuo con los anteriormente mencionados efectos. Todo ello se representará a través de un diagrama de flujo con mecanismos de realimentación, los cuales permitirían controlar el valor de dicha variable.

El modelo, como cuerpo coherente de hipótesis, quedará apoyado a través de dos vías. Por un lado, directamente, a través de su capacidad para explicar un amplio abanico de situaciones observables dentro de los ambientes de radicalización, así como para acomodar casos particulares. Por otro lado, indirectamente, a través de su capacidad para arrojar deducciones capaces de ser contrastadas de manera razonable, al menos teniendo en cuenta las circunstancias particulares del fenómeno de radicalización.

Para finalizar esta introducción, se estima conveniente adelantar uno de los supuestos en los que se basa este modelo. A diferencia de otros tipos de conducta violenta común, donde los beneficios para el individuo proceden de la obtención de recompensas externas, los beneficios para el radical violento están constituidos principalmente por

recompensas internas. Así, la militancia en el grupo radical y el ejercicio de actividades violentas puede proporcionar recompensas internas a modo de sentimientos de orgullo, aceptación, pertenencia, logro, etc. Poniendo esta idea en el contexto de una sociedad desarrollada, resulta que dichas recompensas son mucho más fáciles de conseguir así que a través de otras actividades individuales y sociales, las cuales normalmente requieren un mayor nivel de esfuerzo y perseverancia.

MARCO TEÓRICO

Para desarrollar el presente modelo se ha hecho uso del enfoque cognitivo-conductual y del análisis funcional de la conducta. Con respecto al primero, hay que señalar que la conducta radical violenta se contempla como una conducta aprendida, cuya adquisición, mantenimiento y posible extinción están sujetos a los principios de la Teoría del Aprendizaje. En general, cuando se habla de conducta dentro del enfoque cognitivo-conductual no sólo se incluye la conducta motora manifiesta. Los pensamientos, sentimientos y actitudes asociados a dicha conducta motorase consideran también parte de la respuesta del individuo, respuesta que se elicitada ante unas condiciones estímulares concretas. Por ello se dice que las respuestas, y la conducta en general, se manifiestan en los tres sistemas: cognitivo, fisiológico y motor (Lang, P., 1968).

Desde el enfoque funcional, la conducta se analiza en términos de respuesta a unas condiciones estímulares concretas. Ahora bien; la respuesta del individuo hacia unas mismas condiciones estímulares no tiene por qué ser siempre igual. Una misma conducta puede variar en magnitud y frecuencia en función de las consecuencias que tuvo en el pasado, de acuerdo con el paradigma del condicionamiento operante (Skinner, B.F., 1987). Con el uso del análisis funcional se intenta identificar, precisamente, cuales son las circunstancias en las que la conducta se adquiere en el pasado y por qué se mantiene en la actualidad. El axioma del análisis funcional es que si una conducta persiste, a pesar de no ser aparentemente adaptativa, se debe a que está llevando a cabo una función que se traduce en beneficios para el sujeto.¹ Técnicamente hablando, se dice que esa conducta está siendo reforzada, puesto que de lo contrario ya habría desaparecido por extinción o por castigo.

Una ventaja adicional del análisis funcional es que evita caer en la valoración moral del individuo que comete actos violentos, una reacción frecuente cuando se trata con temáticas tan sensibles como ésta. La conducta violenta de un activista radical se considera no adaptativa por razones estrictamente funcionales. Por un lado, resulta que la probabilidad de que el activista alcance sus objetivos declarados mediante el uso de la violencia es realmente escasa. Y por otro lado, que la probabilidad de que dicha violencia puede traerle consecuencias especialmente aversivas, como la privación de

¹ Hay que tener en cuenta que el término “adaptativo” es relativo. Lanzar un artefacto explosivo casero a las fuerzas de seguridad, por ejemplo, es una conducta no adaptativa en el entorno ciudadano convencional, puesto que va en contra de lo generalmente aceptado por dicha ciudadanía y habitualmente genera rechazo y castigo. Sin embargo, es un hecho que dicha conducta tiene lugar de manera regular en ciertos entornos radicales, por lo que cabe la posibilidad de que allí sí que sea adaptativa para quien la lleva a cabo. El análisis funcional va a encaminado a descubrir, precisamente, por qué dicha conducta se mantiene en el repertorio del sujeto en ciertas circunstancias, a pesar de no ser adaptativa para la mayoría de los sujetos y/o circunstancias.

libertad por largos periodos de tiempo, es alta. Estas razones, entre otras, hacen que la conducta radical violenta llevada a cabo en sociedades desarrolladas no sea en general una conducta adaptativa, y no hay necesidad alguna de introducir consideraciones éticas o morales, las cuales quedarían reservadas para otras disciplinas.

El análisis funcional de la conducta también permite delimitar el papel de las creencias que habitualmente se encuentran asociadas al proceso de radicalización. Desde el punto de vista cognitivo-conductual, son estas creencias las que diferencian la conducta radical violenta de otros tipos de violencia organizada, como por ejemplo la asociada al crimen común. Sin embargo, desde el punto de vista funcional hay poca diferencia entre las creencias basadas en política, religión u otras imaginерías corporativas. De hecho, el modelo que aquí se presenta podría adaptarse fácilmente a otros tipos de violencia, como por ejemplo la llevada a cabo por algunas bandas juveniles. Finalmente, hay que decir que el proceso de radicalización se considera un objeto de estudio relevante porque en algunos casos alberga un componente violento, y no por la manera más o menos extrema que un individuo entienda o profese la ideología asociada a él.

Durante la construcción del modelo se recurre al auxilio de teorías ya clásicas para explicar determinadas secuencias. Así, se hace uso del aprendizaje social (Bandura, 1977), del condicionamiento operante (Skinner, 1938), y de la disonancia cognitiva (Festinger, 1957), entre otras. Aunque el uso de todas estas teorías para explicar un mismo fenómeno puede no ser una aproximación ortodoxa desde el punto de vista del paradigma cognitivo-conductual, este inconveniente queda compensado por el empleo de conceptos que pueden resultar más familiares para la mayor parte de los lectores. También es necesario mencionar que, aunque se reconoce que existen teorías más recientes que podrían dar cuenta de determinados aspectos del proceso de radicalización, se ha optado por utilizar sólo aquellas estrictamente necesarias. Este aspecto contribuye a la sencillez de la propuesta a la vez que respeta el principio de parsimonia.

Este último criterio también justifica la falta de alusión a otros modelos de radicalización que podrían guardar algunas semejanzas con el aquí propuesto.² Aunque se reconocen las aportaciones de dichos modelos, lo cierto es que éstas no son necesarias para elaborar o apoyar el presente. Tampoco se pretende hacer una comparativa entre diferentes explicaciones del fenómeno de la radicalización –ello correspondería a otros autores, llegado el caso– sino simplemente exponer un modelo coherente, con un enfoque distinto a los habituales y, sobre todo, basado en un contexto de radicalización muy particular.

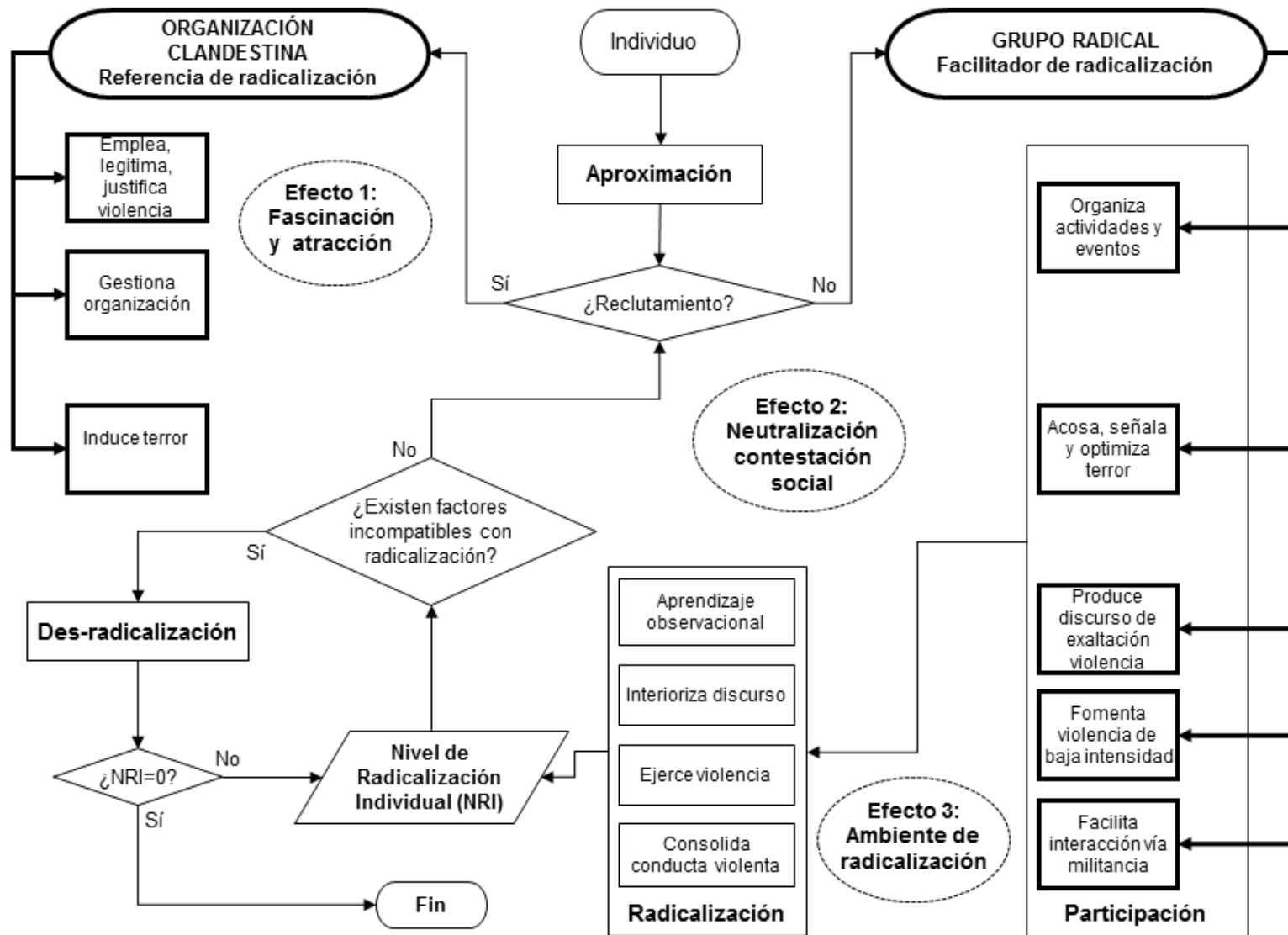
PROPUESTA DE UN MODELO DE RADICALIZACIÓN

Estructura

En el modelo (Figura 1) intervienen tres elementos estructurales básicos. En primer lugar tendríamos la organización clandestina, que se constituye en la referencia de radicalización para determinados individuos. Esta organización opera en base a una infraestructura más o menos asentada en un espacio físico o virtual, emplea, justifica y legitima la violencia para alcanzar sus objetivos, hace uso del terror y recluta nuevos miembros para garantizar su supervivencia y expansión.

² Como por ejemplo, el de Kruglansky et al. (2014)

Figura 1. PROPUESTA DE MODELO DE RADICALIZACIÓN



En segundo lugar estaría el grupo radical, que actúa dentro de los límites de la legalidad y se constituye en el gran intermediario entre la organización clandestina y el entorno social. Este grupo lleva a cabo una serie de acciones relacionadas con el apoyo a dicha organización, con la captación, encuadramiento y militancia de sus miembros, así como con la influencia sobre el entorno ciudadano donde se inserta. En concreto, las actividades clave identificadas que estarían relacionadas con la radicalización de algunos individuos son:

- Organización y/o control de actividades y eventos lúdico-reivindicativos.
- Acoso y señalamiento de adversarios políticos.
- Producción y difusión de un discurso de justificación y exaltación de la actividad violenta llevada a cabo por la organización clandestina.
- Fomento y organización de actividades violentas de baja intensidad.
- Encuadramiento, estructura organizativa y actividades propias de la militancia.

Finalmente estaría el entorno social, que es el tejido ciudadano donde el grupo radical está insertado y que recibe la influencia directa tanto de éste como de la organización clandestina. Son de destacar dentro de este entorno social los individuos simpatizantes, o conjunto difuso de personas que congenian con dicha organización de manera espontánea, que comparten en mayor o menor medida su ideología, sus objetivos y los medios para alcanzarlos, que admiran a algunos de sus miembros, y que incluso pueden llegar a alcanzar algún grado de organización informal. Algunos de estos simpatizantes pueden empezar a radicalizarse progresivamente, teniendo la posibilidad de integrarse en el grupo radical como militantes e incluso en la organización clandestina como miembros.

Interacción

Las actividades habituales de la organización clandestina y del grupo radical crean una serie de efectos en el entorno social donde están insertadas. Antes de pasar a su descripción, es necesario señalar dos supuestos clave, supuestos que están respaldados por la evidencia empírica recogida en el análisis del caso real en el que se basa este modelo (Peco, 2014).

El primero de ellos es que el binomio organización clandestina–grupo radical puede llegar a provocar fascinación y atracción entre ciertos sectores de la población. A la hora de entender el proceso de radicalización, es un grave error considerar al grupo radical únicamente como un conjunto de activistas dispuestos a llevar a cabo protestas por medios violentos. En lugar de ello, es necesario ponerse en el lugar del simpatizante y observar al grupo radical como un modo de vida claro y estructurado, que ofrece la posibilidad de tomar parte en un proyecto tan excitante y trascendente como es el de cambiar una sociedad. De este modo, para algunos individuos la militancia en dichos grupos podría ser el gran atajo hacia un espejismo de autorrealización, especialmente si no existen vías alternativas para alcanzarla.

El segundo supuesto está estrechamente relacionado con el anterior. Se asume que la militancia en el grupo radical –lo que incluye el ejercicio de la violencia en mayor o menor grado- es una fuente de satisfacciones internas para el individuo. Las satisfacciones internas, como por ejemplo percibir la admiración de otros, el sentimiento de aceptación en el grupo, sentir elevada la propia autoestima, o incluso consumir una

venganza por supuestos agravios, pueden llegar ser tan motivantes o más que las satisfacciones materiales en forma de dinero u otros beneficios.³ La expectativa de alcanzar alguna de estas satisfacciones, como se verá después, puede proporcionar una explicación de por qué algunos individuos llegan a abrazar la vía de la violencia en ausencia de motivos claros para ello, con todas las desventajas que un eventual paso a la clandestinidad puede implicar en términos de privaciones.

Los tres efectos que se consideran relevantes en este modelo de radicalización son: atracción, neutralización de la contestación social y ambiente de radicalización.

Atracción. La organización clandestina, junto con el grupo radical, provocan un efecto de fascinación y atracción entre determinados sectores de la población. Este efecto es responsable de que algunos individuos se aproximen al grupo radical, comiencen a participar en sus actividades y queden expuestos a su influencia. Para lograr este efecto de atracción es clave la actividad del grupo radical, que organiza, controla y ofrece un amplio abanico de actividades y eventos de naturaleza lúdica y reivindicativa. De este modo, las actividades dentro de un grupo radical pueden ser excitantes y ofrecer un estilo de vida diferente al convencional. El control de un amplio espectro de actividades por parte del grupo hace que el individuo, además de quedar sometido a su influencia, pierde oportunidades de recibir otras influencias competitivas con el extremismo.

Neutralización de la contestación social. El terror creado por la violencia de la organización clandestina, una vez optimizado por el grupo radical a través del acoso y señalamiento de adversarios políticos, es capaz de neutralizar una contestación social que, de acuerdo a los resultados de las encuestas y otros estudios, podría ser mucho más generalizada y contundente (Peco, 2011; Peco et al., 2013). La neutralización de la contestación social deja al fenómeno de atracción hacia el grupo y la organización radical sin resistencia alguna. Esta falta de realimentación exterior favorecería en el militante radical la ilusión de ver a su movimiento como representativo de la sociedad donde está insertado, e incluso como su vanguardia.

Ambiente de radicalización. Es aquella situación creada por el grupo radical donde confluyen las circunstancias favorables para que los individuos desarrollen y profundicen en su proceso de radicalización. Estas circunstancias se producen por la confluencia de tres actividades. La primera de ellas es la elaboración y difusión un discurso de justificación y exaltación de la violencia, que expone los militantes a modelos de conducta a imitar y proporciona argumentos justificativos de las acciones violentas. La segunda es la organización de actividades violentas de baja intensidad, que constituye una oportunidad para que militantes noveles puedan comenzar a ejercer la violencia a un nivel progresivo y seguro. Y la tercera es el encuadramiento y aquellas otras actividades propias de la militancia, que exponen a los individuos a contingencias favorables para la consolidación de la conducta violenta recientemente adquirida.

Proceso principal y variable dependiente

En este trabajo se denomina proceso de radicalización violenta al aprendizaje –en el

³ La Teoría de la Motivación de Maslow (1943) es muy útil cuando estudiamos conductas en entornos como las sociedades avanzadas, en las que prácticamente las necesidades básicas están resueltas. Maslow postula la existencia de cinco grupos de necesidad básicas: fisiológicas, seguridad, amor, reconocimiento y auto estima. Las personas, según Maslow, estamos perpetuamente deseando satisfacer estas necesidades y, además, tendemos a satisfacer unas antes que otras. O lo que es lo mismo, en nuestro afán “devorador” siempre estamos buscando necesidades a satisfacer más allá de las que acabamos de dar cuenta.

sentido de la Teoría del Aprendizaje- de patrones de conducta violenta por parte de un individuo, patrones que poseen componentes cognitivos y conductuales coherentes entre sí y están referidos a una ideología y/o creencia determinadas. De manera análoga, la des-radicalización sería el proceso por el cual el individuo abandona los patrones de conducta violenta previamente aprendidos. Siguiendo con la Teoría del Aprendizaje, este último proceso podría producirse por aparición de circunstancias de tipo punitivo (castigos) o por falta de recompensas (extinción). En este modelo, el proceso de radicalización se representa como un diagrama de flujo cíclico, que contempla los procesos de aproximación, participación en las actividades del grupo, radicalización propiamente dicha y, eventualmente, des-radicalización.

A efectos de este modelo, se denomina nivel de radicalización individual (NRI) a la variable-constructo que, en general, daría cuenta de la probabilidad que un individuo dado lleve a cabo conductas violentas manifiestas representativas de su entorno de radicalización próximo.

Bucle de radicalización (Figura 2)

El efecto de atracción provoca la aproximación de individuos afines, es decir, incrementa la probabilidad de que estos individuos comiencen a participar en las actividades del grupo radical y queden expuestos a su influencia.

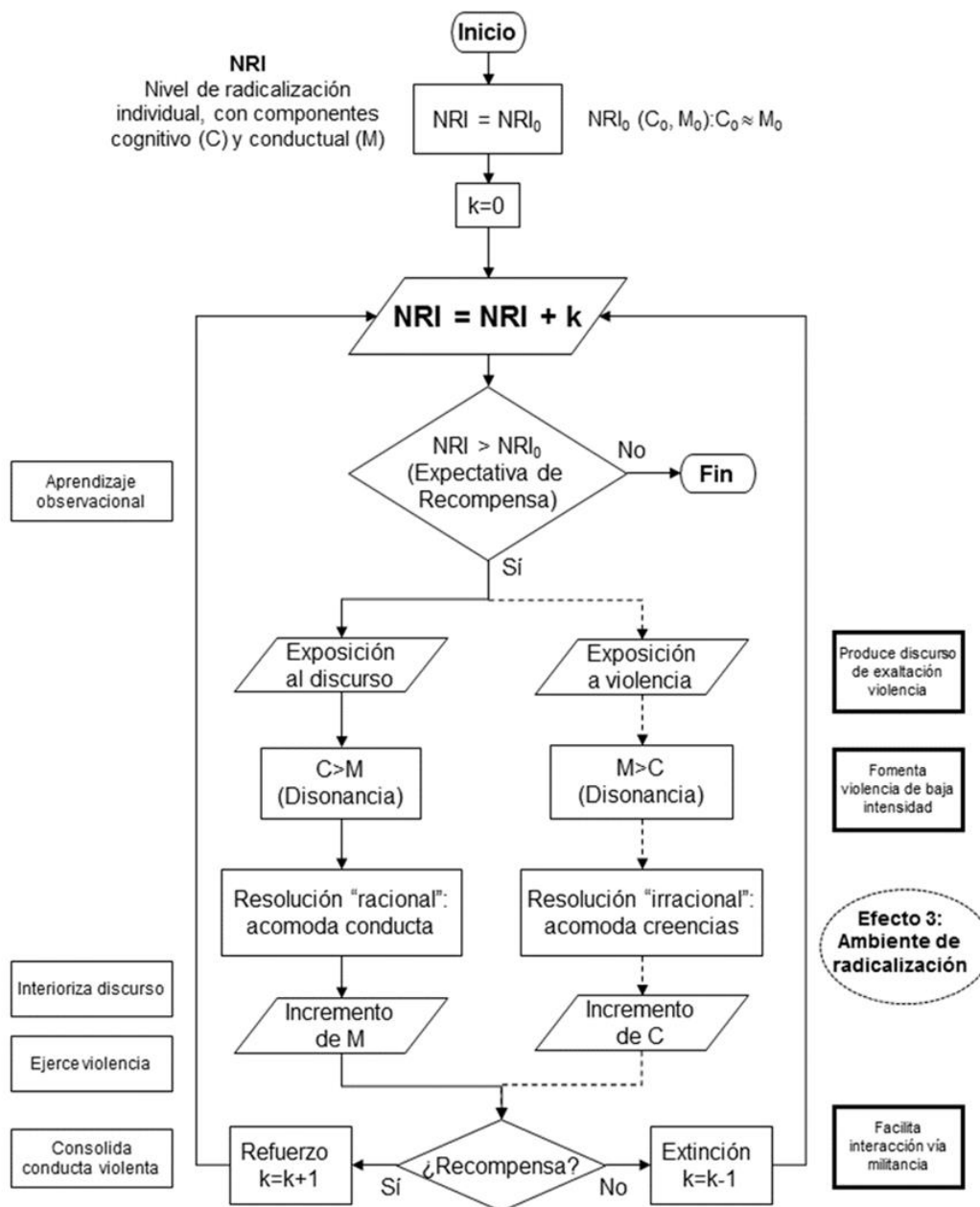
A partir de aquí, el proceso de radicalización –desde una perspectiva cognitivo-conductual- puede explicarse a través de una combinación de los siguientes paradigmas y/o teorías ya clásicas: aprendizaje social (Bandura, 1977), condicionamiento operante (Skinner, 1938) y disonancia cognitiva (Festinger, 1957).⁴ Los anteriormente mencionados ambientes de radicalización albergan las condiciones necesarias como para suponer que los procesos descritos en dichos paradigmas puedan producirse.

La conducta violenta se podría adquirir inicialmente por aprendizaje observacional, a través de la participación en las actividades del grupo y la consiguiente adquisición de la expectativa de recompensa en forma de sentimientos de orgullo, aceptación, pertenencia, logro, etc. A partir de aquí se proponen dos vías, basadas en situaciones teóricas extremas, que definen el rango de situaciones reales en las que puede verse envuelto el individuo. La primera vía se inicia con la exposición al discurso de justificación y exaltación de la violencia. Esta exposición induce al individuo a interiorizar los argumentos proporcionados por dicho discurso, con lo cual el componente cognitivo de una incipiente conducta violenta se incrementa, supera al

⁴El paradigma del condicionamiento operante (Skinner, 1938) establece que la respuesta del individuo hacia unas mismas condiciones estímulares varía en función de las consecuencias que tuvo en el pasado. Así, la presentación de una consecuencia agradable asociada a la emisión de una conducta libre posiblemente provocará que dicha conducta se vuelva a repetir en el futuro. Por el contrario, la presentación de una consecuencia desagradable (estímulo aversivo) asociada a la emisión de la misma conducta, provocará una disminución en la probabilidad de emisión de dicha conducta. De manera inversa, la retirada de dichos estímulos reducirá e incrementará, respectivamente, las probabilidades de emisión de dicha conducta en el futuro. Bandura (1977), en su teoría del aprendizaje social, indicó que el aprendizaje puede tener lugar también de manera indirecta, mediante la observación de la conducta de los demás y de sus consecuencias, a través de lo que denominó aprendizaje observacional. Por último, Festinger (1957) propuso que la incoherencia entre la conducta manifiesta de los individuos y su propia valoración moral (disonancia), provoca una tensión interna que resulta aversiva. Por tanto, aparece una tendencia a reducirla. En el experimento de Festinger, esta reducción de la disonancia se observó cuando los individuos modificaron la valoración moral de sus propias conductas, de negativa a positiva, tras haberlas llevado a cabo de manera voluntaria y consciente.

componente motor (o conductual, en lo sucesivo) y aparece la disonancia entre pensamiento y acción. Puesto que existe una expectativa de recompensa adquirida por aprendizaje observacional previo, dicha disonancia tiende a resolverse al alza, es decir, que el componente conductual tiende a igualar al cognitivo y no a la inversa. Además, las condiciones son adecuadas para ello, puesto que las actividades que implican episodios de violencia de baja intensidad proporcionan la oportunidad de poner en práctica las ideas adquiridas, de manera segura y asumible. El resultado es un incremento de la conducta violenta manifiesta hasta igualar al componente cognitivo, de forma que desde el punto de vista del individuo ideas y acciones son ya congruentes. En esta vía, por tanto, es la acción violenta la que se acomoda a las nuevas ideas en una manera que se podría calificar como racional.

Figura 2.- PROPUESTA DE MODELO DE RADICALIZACIÓN (DETALLE)



La segunda vía se inicia con la exposición a situaciones de violencia de baja intensidad. En la Figura 2 se representa con una línea discontinua. Pequeñas acciones violentas, no demasiado alejadas de las convicciones del individuo, pueden llegar a elicitar por mera presión del medio, dinámicas locales de acción-reacción, miedo, u otras causas. Una vez llevadas a cabo dichas acciones, el componente conductual supera al cognitivo y aparece la disonancia. Con la expectativa de recompensa presente, al igual que ocurría en la vía anterior, dicha disonancia tiende a resolverse al alza. Las condiciones también son apropiadas para ello, puesto que el discurso violento proporciona los argumentos necesarios para que el individuo auto justifique sus propias acciones violentas. De este modo, el individuo asimila el discurso violento y el resultado es un incremento de las cogniciones relacionadas con la violencia. El nuevo pensamiento se acomoda a la acción y ambos son ya congruentes.

En cualquier caso, y una vez resuelta la disonancia, las incipientes conductas y cogniciones violentas quedarán ajustadas entre sí. Es entonces cuando serán objeto de recompensa en forma de reconocimiento por parte de otros militantes, con la consiguiente aparición de las mencionadas satisfacciones internas. La interacción entre individuos que se produce durante las actividades relacionadas con la militancia proporciona el escenario adecuado para que dichas recompensas se conviertan en refuerzos de la conducta violenta, y que por tanto se incremente la probabilidad repetirse en el futuro. En definitiva, lo que comenzó como conducta violenta incipiente se convierte en conducta consolidada.

En resumen; el mecanismo de adquisición de la conducta violenta incipiente podría ser el aprendizaje observacional. Tras ello, la escalada en cuanto a intensidad y frecuencia se podría explicar por el ajuste al alza entre elementos cognitivos y conductuales. Cualquiera que sea la vía para ello, este ajuste está impulsado por una expectativa de recompensa previamente adquirida. Finalmente, el mantenimiento de la conducta violenta se podría explicar en base a la primacía de contingencias potencialmente reforzadoras dentro de los ambientes radicales. El proceso se repite de manera cíclica, quedando de este modo el individuo inmerso en una espiral de radicalización en la que pensamiento, sentimientos y acción se ajustan siguiendo una tendencia al alza. Las barreras éticas acerca del empleo de la violencia, si existían, van cayendo una tras otra. El individuo, inmerso en su proceso de radicalización, auto-justifica su nuevo estilo de vida como resultado del compromiso con una causa. La violencia se ve claramente como una vía legítima para alcanzar una idílica situación final, y él mismo se contempla como uno de los elegidos para llevar a cabo tal trascendental tarea.⁵

Desde el punto de vista de este modelo, puede decirse que el individuo entra en un bucle de radicalización. Una vez inmerso en este proceso, es muy difícil abandonarlo. Para algunos individuos, además, no existe otra vía capaz de proporcionar las satisfacciones internas que proporciona el grupo radical: un objetivo claro y una forma de vida estructurada, autoestima, pertenencia, amistad y otras. En algún momento de esta escalada, es posible que sea reclutado por la organización y pase a la clandestinidad. Desde este momento, a efectos de este modelo, hay pocas posibilidades de vuelta atrás y el individuo pasa a contribuir a la actividad habitual de la organización clandestina.

⁵ Esta propuesta es perfectamente compatible con las conocidas tesis de Bandura acerca de los mecanismos de desvinculación moral (2004), donde el autor propone una explicación de la conducta violenta basada en la desvinculación de las auto-sanciones por parte de algunos individuos en determinadas circunstancias.

Neutralización de la efectividad de los estímulos aversivos

Es necesario insistir en la seguridad que el grupo radical proporciona al individuo que lleva a cabo actividades violentas de baja intensidad. No solo se trata de seguridad a través de aspectos objetivos tales como proporcionar cobertura física, promover la acción en masa, ejecutar un planeamiento detallado, etc., sino también en cuanto a los aspectos subjetivos relacionados con la percepción individual. Así, el grupo radical podría estar neutralizando la efectividad de dichos estímulos aversivos a través de la creación de una percepción de impunidad, ya sea mediante la explotación de los errores policiales y las contradicciones del sistema legal, las amenazas a los agentes de la autoridad, las redes de apoyo a los detenidos, o el fomento de la creencia en un futuro desistimiento por parte de las autoridades. Esta hipotética neutralización de la efectividad de los estímulos aversivos dentro del grupo radical podría explicar por qué el aprendizaje observacional no funciona tan eficientemente en sentido inverso, es decir, castigando la conducta violenta a través de la expectativa de detención por parte de la policía o el miedo a posibles responsabilidades criminales en el futuro.

Como añadido a lo anterior, y en el caso de contextos de radicalización insertados en sociedades democráticas, hay que hacer una matización relacionada con la seguridad y el amparo que proporciona el Estado de Derecho a todo ciudadano. En estas condiciones, el militante de un grupo radical no arriesga normalmente su vida o su integridad física. Por el contrario, podrá llevar a cabo sus actividades reivindicativas, e incluso servirse de la violencia, desde la base de una vida normal donde sus necesidades básicas están satisfechas.

Estabilización y des-radicalización

A la hora de ver el proceso en su conjunto, es más adecuado prescindir de la visión conductual y hacerlo en clave de motivación. Contemplando el modelo de esta manera, resulta que el impulso necesario para que el proceso de radicalización tenga lugar procedería de la falta de balance entre factores motivacionales y factores inhibitorios de la conducta violenta, en favor de los primeros. Así, en el bucle de radicalización estarían presentes gran cantidad de factores motivadores, mientras que los inhibitorios están en buena parte neutralizados. En principio, teóricamente, mientras se mantenga esta falta de balance el individuo seguiría incrementando su conducta violenta más y más.

No obstante, es razonable suponer que esta falta de balance no es constante, y que cuanto más se adentra el individuo en el proceso de radicalización más relevancia cobran los factores inhibidores en detrimento de los motivacionales. En efecto; conforme se avanza en el proceso, los militantes han de asumir mayores riesgos, al tiempo que se ven obligados a renunciar a parte de las comodidades de las sociedades modernas. De este modo, profundizar en la vía de la radicalización, con la perspectiva de pasar finalmente a la clandestinidad, podría ser una apuesta demasiado alta para la mayoría de ellos.

Lo anterior se puede representar en el modelo a través de la introducción de un bucle de des-radicalización. Apareciendo progresivamente factores incompatibles con el proceso de radicalización –de los que se hablará después- el individuo podría empezar a disminuir ocasionalmente su NRI, de forma que esta variable llegara a alcanzar un equilibrio en torno a un nivel determinado. En este momento, el flujo del diagrama adoptaría un recorrido cíclico en forma de “ocho”.

DISCUSIÓN

La validez de este modelo se sustenta a través de dos vías. La primera de ellas es por su capacidad para explicar un amplio abanico de situaciones observables dentro de los ambientes de radicalización, así como para acomodar casos particulares que, en principio, podrían verse como excepciones. Por otro lado, también puede apoyarse indirectamente a través de su capacidad para arrojar deducciones capaces de ser contrastadas de manera razonable.

Capacidad para acomodar hechos observables y aparentes excepciones

De la observación del modelo se desprenden claramente aspectos tales como la progresividad del proceso de radicalización o la importancia de los vínculos de amistad y camaradería. También proporciona explicación a la escasa proporción de individuos radicales que acaban convirtiéndose en terroristas, debido al creciente protagonismo de los factores inhibidores conforme avanza el proceso. Finalmente, también resta cierta relevancia a la clásica pregunta de por qué algunos individuos se convierten en terroristas y otros no. Una adecuada afluencia de individuos al proceso es condición suficiente para que el fenómeno se perpetúe, sin importar qué individuos ingresarán finalmente en la organización o simplemente continuarán contribuyendo a las actividades del grupo.

El modelo también es válido para integrar los casos de individuos que, desde los primeros momentos de involucrarse en el grupo radical, ya serían capaces de llevar a cabo, si pudieran, gran cantidad de conductas violentas. Esta circunstancia, en general, puede estar motivada por un fanatismo extremo, por la historia de aprendizaje de la violencia en otros ámbitos, o incluso por sufrir algún tipo de disfunción. En todos estos casos, parte del proceso de radicalización ya estaría hecho. El grupo radical le dotaría ya sea de argumentos justificativos para el ejercicio de la violencia, ya sea de los recursos, estructura y liderazgo necesarios para llevar a cabo dichas actividades violentas. De este modo, el grupo permitiría al individuo ajustar la conducta manifiesta a sus convicciones previas, o viceversa. En definitiva, que el proceso de radicalización podrá avanzar mucho más rápidamente.⁶

Estrechamente relacionado con lo anterior está la consideración de la ira como factor causal de la radicalización, y en este sentido hay que hacer una matización al respecto. Es un hecho que esta emoción puede encontrarse en muchos militantes de organizaciones radicales y, en determinadas circunstancias, podría llegar a convertirse en un catalizador del proceso de radicalización. El problema está en considerar la ira, exclusivamente, como una reacción natural ante agravios directos o vicarios sufrido por el militante, como por ejemplo actuaciones desmesuradas de las fuerzas de seguridad o supuestas condiciones represivas. La ira puede aparecer también como resultado de una actividad cognitiva, inducida por el discurso e imagería del grupo radical, y quedar sujeta posteriormente a contingencias de reforzamiento. En otras palabras, que la ira puede ser también resultado de un proceso de aprendizaje y, por tanto, consecuencia de la propia actividad del individuo.

⁶Es cierto que estos individuos, ávidos de violencia, pueden desempeñar un importante papel en las bases del movimiento, puesto que pueden llevar a cabo gran cantidad de actividades violentas sin comprometer al resto del grupo. Ahora bien, por sus propias características y por la dificultad de su control, es difícil que se les proporcione acceso a recursos e información necesaria para cometer acciones de mayor envergadura.

Deducción de consecuencias: ¿Es posible la ruptura del proceso y consecuente des-radicalización del individuo?

Del modelo propuesto se deduce que la conducta radical violenta podría disminuir o incluso desaparecer a través de diferentes mecanismos. En primer lugar, a través de un proceso de extinción, es decir, por falta de expectativa de recompensa del individuo dentro del grupo.⁷ Esto podría ocurrir, por ejemplo, en caso de que el individuo dejara de recibir refuerzos por parte de otros militantes y líderes.

En segundo lugar, por la aparición de estímulos aversivos externos que en determinadas circunstancias podrían convertirse en castigos, en el sentido técnico de la Teoría del Aprendizaje. En este sentido, impulsar el rechazo contundente y manifiesto a la violencia por parte de la población podría constituir una de las vías más potentes para revertir el proceso de radicalización. Ello se debe a que, en primer lugar, constituye un estímulo aversivo por sí mismo. En segundo lugar, porque contrarresta directamente el discurso de justificación y exaltación de la violencia. Y finalmente, por las sinergias que se pueden obtener con el resto de las medidas encaminadas a promover la des-radicalización.

En tercer lugar, la conducta radical violenta también podría desaparecer por la competencia exitosa de otras actividades a la hora de convertirse en fuente de recompensa para el individuo. Así, por ejemplo, fomentar e implicar al individuo en actividades que impliquen el reconocimiento social por parte de la comunidad, o que sean susceptibles de mérito y autovaloración, podría reencaminar la expectativa de recompensa de dicho individuo desde las actividades violentas hacia otros empeños más constructivos. Promover alternativas al proceso de radicalización es un complemento necesario tanto para abandonarlo como para evitar retomarlo, y es por tanto un campo que tiene potencial suficiente como para ser explorado a fondo.

En la Figura 1, los dos últimos mecanismos se encontrarían en la desviación correspondiente a los factores incompatibles con el proceso de radicalización. En realidad, todos los mecanismos identificados afectan a la expectativa del individuo, ya sea a la relacionada con las consecuencias aversivas de su conducta o con la posibilidad de perder oportunidades de recompensa. La expectativa del individuo pasa por tanto a ser una variable clave a la hora de controlar el nivel de radicalización. Manipulando los factores que influyen en ella sería posible, teóricamente, modificarla y reconducir el proceso hacia el bucle de des-radicalización.

Finalmente, hay que señalar que las acciones que se han sugerido coinciden de manera sustancial con medidas ya establecidas por parte de las autoridades a la hora de combatir el fenómeno de la radicalización. Entre ellas cabe destacar las incluidas en la estrategia de la Unión Europea para combatir la radicalización (*Council of the European Union*, 2005), así como con otras llevadas a cabo como consecuencia de aplicar la legislación nacional, en concreto la Ley Orgánica 6/2002 del 27 de junio. Esta coincidencia de resultados supone un aval al modelo que aquí se presenta, otorgando la solidez necesaria como para seguir profundizando tanto en los detalles del mismo como en su aplicación a contextos de radicalización diferentes del que se ha inspirado.

⁷ Este mecanismo ha sido incluido en la Figura 2

CONCLUSIONES

El modelo aquí propuesto muestra una vía factible y congruente a través de la cual algunos individuos pueden convertirse en radicales violentos. Argumentos en favor de su validez proceden de su capacidad para explicar hechos observables, como la progresividad del proceso de radicalización, la escasa proporción de individuos que acaban convirtiéndose en terroristas, o la posibilidad de aplicarse a individuos ya violentos por otras causas. Por otro lado, argumentos en favor de su utilidad pueden encontrarse en su capacidad para identificar las secuencias críticas desde las cuales se puede interrumpir o incluso revertir el proceso, lo que permite diseñar planes de actuación, tanto preventivos como correctivos, con un fundamento científico sólido.

El modelo desafía también algunas creencias, en buena medida arraigadas, en cuanto al proceso de radicalización. Aquí, la radicalización individual se contempla como un proceso de aprendizaje de conductas violentas, aceptada por el propio individuo e influenciada por factores externos. Si bien esta influencia de los factores externos es importante, en realidad es el propio individuo quien se radicaliza a sí mismo, incrementando su conducta violenta y modificando sus pensamientos, creencias y sentimientos. Todo ello bajo el impulso motivador de una expectativa de recompensa interna. No es necesario, por tanto, recurrir a influencias agresivas, adoctrinamientos, etc. a la hora de explicar por qué algunos individuos se convierten en radicales violentos. En otras palabras; que si bien es cierto que el protagonismo del individuo en su propio proceso de radicalización puede coexistir con prácticas de influencia deliberadas y sistemáticas por parte de otros individuos más radicalizados, dichas prácticas podrían ser en realidad mucho menos eficaces de lo que se cree.

Finalmente, el modelo también sugiere que la aparición de focos de radicalización espontánea, con potencial para convertirse en grupos organizados, es un fenómeno factible. De hecho, para que se inicie el proceso de radicalización sólo serían necesarios tres elementos: la creencia de que es posible llevar a cabo acciones violentas de manera relativamente segura, la posibilidad de interacción de igual a igual con otros camaradas, de forma que se puedan compartir y alentar expectativas, y, por último, una referencia que proporcione guía, identidad y narrativas apropiadas. Los dos primeros elementos no son privativos de los grupos radicales, sino que también pueden originarse como consecuencia de relaciones sociales informales. Y en cuanto al tercero, lo cierto es que guía, identidad y narrativas están disponibles en la actualidad de manera directa y sin necesidad de intermediarios gracias a las posibilidades de las tecnologías de la información. De este modo, una vez surgido el foco de radicalización incipiente, sería relativamente fácil crear algún tipo de organización que protegiera a los individuos y permitiera plantearse objetivos a medio plazo. En definitiva; que fenómenos de radicalización colectiva podrían producirse de manera espontánea y sin necesidad de planificación previa, siempre y cuando se dieran un mínimo de condiciones para ello, pudiendo evolucionar con el tiempo hacia sistemas más complejos.

REFERENCIAS

Bandura, Albert (1977), *Social Learning Theory*, New York: General Learning Press.

Bandura, Albert (2004), "The role of selective moral disengagement in terrorism and counterterrorism", en F.M. Moggahadam & A.J. Marsella (Eds.), *Understanding terrorism: Psychological roots, consequences and interventions*, Washington DC:

- American Psychological Association Press, pp. 121-150.
- Borum, Randy (2011) "Radicalization into Violent Extremism II: A Review of Conceptual Models and Empirical Research", *Journal of Strategic Security*, Vol. 4, No. 4, pp. 37-62.
- Council of the European Union (2005), *The European Union Strategy for Combating Radicalisation and Recruitment to Terrorism*, Bruselas
- European Commission's Expert Group on Violent Radicalisation (2008), *Radicalisation Processes Leading to Acts of Terrorism*.
- Festinger, Leon (1957), *A Theory of Cognitive Dissonance*, Stanford, CA: Stanford University Press.
- Kruglanski, A. *et al.* (2014), "The Psychology of Radicalization and De-radicalization: How Significance Quest Impacts Violent Extremism", *Advances in Political Psychology*, Vol. 35, Suppl. 1, pp. 69-93.
- Lang, Peter (1968), "Fear Reduction and Fear Behaviour: Problems in Treating a Construct", *Research in Psychotherapy*, Vol. 4.
- Maslow, Abraham (1943). "A Theory of Human Motivation", *Psychological Review*, No. 50, 370-396.
- Peco, Miguel (2011), *Aproximación funcional a los movimientos radicales en el ejercicio de la violencia política*. Tesis doctoral. Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Peco, Miguel (2014), "A Cognitive-Behavioral Approach to Violent Radicalization Based on a Real Case", *Psicología Política*, No. 49, pp. 7-26
- Peco, M. *et al.* (2013), "Effect of the Spanish Law of Political Parties (LPP) on the attitude of the Basque Country population towards ETA: A dynamic modeling approach", *Mathematical and Computer Modelling*, No. 57, Issues 7-8, pp. 1679-1685.
- Skinner, Burrhus F. (1938), *The Behavior of Organisms: An Experimental Analysis*, Nueva York: Appleton-Century-Crofts.